

Foto: Abadillo



Del pluralismo a la singularidad, ¿posdemocracia?

Por: Manuel Alcántara Sáez

Fotos: Oficina de Comunicaciones y Relaciones Públicas UPB

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor emérito de la Universidad de Salamanca, España. Académico destacado por el estudio de los partidos políticos, los poderes legislativos y las elecciones. La temática que aquí presenta hizo parte del primer seminario internacional Las Américas hoy: culturas, tecnologías e innovación, que se llevó a cabo en la UPB como parte de la agenda de lanzamiento del 59° Congreso Internacional de Americanistas ICA 2027.

El orden mundial establecido tras la Segunda Guerra Mundial vislumbró el ideal de alcanzar la democracia como forma de gobierno sobre la base de tres ideas fundamentales: elección popular de las autoridades mediante comicios libres, competitivos, iguales y secretos; división de poderes; y expansión de los derechos humanos en el marco del estado de derecho. Todo ello se llevó a cabo en un escenario de reconocimiento creciente del pluralismo en sociedades que estaban cambiando profundamente. Sin embargo, en la última década, pareciera que la democracia dejó de ser el motor del desarrollo político que fue durante el último medio siglo.

En política, el pluralismo reconoce y valora la diversidad de ideas, intereses, culturas y grupos dentro de una sociedad. Supone que el poder no debe concentrarse, sino distribuirse entre múltiples actores —partidos, sindicatos, organizaciones civiles, etc.— que compiten e interactúan en un marco democrático. Hoy puede afirmarse que la perspectiva es distinta.

En política, el pluralismo reconoce y valora la diversidad de ideas, intereses, culturas y grupos dentro de una sociedad. Supone que el poder no debe concentrarse, sino distribuirse entre múltiples actores.



Lejos de ser un fin loable por alcanzar, la democracia se convierte en un mero procedimiento rutinario centrado, sobre todo, en el ámbito electoral que a veces resulta una rémora con partidos desdibujados. Por otra parte, se extiende el malestar que se expresa a través de movimientos de protesta en un clima de conflicto social con radicalización de narrativas, no necesariamente políticas. Su origen reside en el mantenimiento de patrones de desigualdad y de exclusión social, así como por la lacerante corrupción y la inseguridad creciente.

A su vez, el imperio cultural del neoliberalismo ha venido potenciando respuestas individuales y egoístas, retadoras de las formas tradicionales de acción colectiva y de las lógicas de solidaridad en un escenario extremo de sociedades líquidas. Como consecuencia de ello, nada permite avizorar que el indudable consenso establecido durante décadas no solo ha dejado de mejorarse, sino que no se esté manteniendo, de manera que la democracia liberal parece ser una idea históricamente agotada.

Las señales así lo evidencian y, más aún, en la medida en que cada vez está más presente la idea de la singularidad tecnológica, así como del transhumanismo, como hipotéticos puntos en el futuro, donde la inteligencia artificial (IA) y otras tecnologías avanzadas alcancen un nivel de desarrollo tan acelerado y autónomo que, por un lado, superen la capacidad de comprensión y control humano y, por otro, ayuden a confrontar las limitaciones biológicas, como el envejecimiento, y a potenciar las capacidades de la especie.

Por otro lado, el mundo se encuentra liderado por conglomerados tecnológicos en crecimiento constante y de una envergadura financiera desconocida. Actúan en conjunción con la cada vez más marcada alienación de los individuos que desarrollan nuevas formas de acción colectiva incompatibles con la manera en que la democracia evolucionó durante décadas, y que abre las puertas a un escenario insólito e incierto de una suerte de posdemocracia.



No es que antes vivíamos en la era de la verdad y que ahora vivimos en la mentira. La diferencia es que hoy vivimos en una sociedad en la que se ha masificado el poder de diseminar mensajes y declararlos verdaderos, gracias a la interacción que ofrece la red digital. Eso es vivir en la era de la posverdad.

Dentro de la ambigüedad de este término, así como del abuso con el que con frecuencia caemos al utilizar el prefijo "post", y en medio de la actual guerra arancelaria y del desmantelamiento del multilateralismo como vía hacia un orden mundial mínimamente operativo, cabe vislumbrarse cuatro fenómenos recurrentes.

El primero se refiere al riesgo de la capacidad autodestructiva, que siempre fue considerada como inherente a la democracia, puesto que es un tipo de régimen político que permite cuestionarse y confrontarse desde su interior. El segundo, se relaciona con la peligrosa vía de socavamiento de la institucionalidad democrática y de centralización del poder alumbrada por Donald Trump y la docena de epígonos que tiene en Europa y en América Latina. En tercer lugar, el éxito del autoritarismo chino es un acicate a la hora de animar el mantenimiento de formas no democráticas en otros países. China

exhibe el modelo tecnocrático-autoritario sobre la base del capitalismo que ha logrado un indudable éxito económico, así como la enorme transformación social en clave de urbanización e incremento de los estándares educativos y de salud. Por último, en la IA confluye el matrimonio entre política y fuerzas económicas de indudable peso mundial. Una apuesta por un modelo exitoso para afrontar los retos actuales de la gran transformación, precisamente originada por la IA, y que está siendo un instrumento enormemente adictivo.

El momento de posdemocracia supone un espacio incierto. Responde a la actual desconfianza generalizada, al miedo y a la atomización en comunión con los retos de la tecnología digital. Esta se ha convertido en una fuerza poderosa que proporciona a los gobiernos nuevas herramientas de vigilancia y control, y a las empresas beneficios históricos, además de estar presente en el accionar y en las protestas ciudadanas. La vida humana se basa en la credibilidad en los mensajeros, cuyo sentido depende del preconocimiento de quienes los reciben.



